

## El impacto de Ortega. La percepción de sus discípulos y colaboradores

Javier Zamora Bonilla<sup>1</sup>

Recibido: 16-06-2021 / Aceptado: 28-/06-2021

**Resumen.** Ortega trasladó sus ideas pedagógicas a su quehacer como profesor universitario. Muchos de sus discípulos y colaboradores han dejado constancia de ello, como aquí se refiere. Fue para ellos, sobre todo, ejemplo, ejemplo de vida, de orientación vital, de sinceridad intelectual en su quehacer filosófico. En este artículo no analizamos la filosofía de Ortega, lo que hemos hecho en otros textos, sino el impacto que causó la «persona» Ortega en sus colaboradores y discípulos. Aunque es algo estudiado, nunca se ha presentado de esta forma sintética que muestra la envergadura del impacto que Ortega produjo en el mundo intelectual de la Edad de Plata de la cultura española.

**Palabras clave:** José Ortega y Gasset, pedagogía, vocación, maestro, discípulos.

### [en] Ortega's impact. The perception of his disciples and collaborators

**Abstract.** Ortega took care to transfer his pedagogical ideas to his achievement as professor at the Spanish University. Many of his disciples have left evidence of this, as analysed here. He was for them, above all, an example, an example of life, of vital orientation, of intellectual sincerity in their philosophical work. In this article we do not analyse Ortega's philosophy, what we have done in other texts, but rather the impact that the «person» Ortega caused on his collaborators and disciples. Although it is something studied, it has never been presented in this synthetic way that shows the magnitude of the impact that Ortega produced in the intellectual world of the Silver Age of the Spanish culture.

**Keywords:** José Ortega y Gasset, pedagogy, vocation, magister, disciples.

**Sumario.** 1. Joven maestro en tierra fértil. 2. El maestro a ojos de sus discípulos. 3. Bibliografía.

**Cómo citar:** Zamora Bonilla, J. (2021): El impacto de Ortega. La percepción de sus discípulos y colaboradores, en *Revista Anales del Seminario de Historia de la Filosofía* 38 (3), 217-513.

### 1. Joven maestro en tierra fértil

El filósofo José Ortega y Gasset (1883-1955) es, entre los pensadores españoles del siglo XX, quien formó una escuela de mayor envergadura, dimensión intelectual y prolongación en el tiempo, la cual ha tenido una importantísima expansión en todo el mundo hispanohablante. Es conocida como la Escuela de Madrid. Tanto su existencia como «escuela» como su propia entidad son, no obstante, discutidas por algunos investigadores,

pero no es discutible la enorme influencia que Ortega ejerció no sólo sobre sus discípulos directos sino también sobre amplias capas de las sociedades española e iberoamericana y, a partir de los años 30 del siglo pasado cuando sus obras se tradujeron al alemán, inglés y francés, también mundial<sup>2</sup>. La Escuela tuvo su momento fundacional, sin que llegase a constituirse nunca bajo ninguna forma jurídica de organización más allá de la vinculación de muchos de sus integrantes a la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, entre los años 20 y 30

<sup>1</sup> Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. Universidad Complutense de Madrid.  
[jzamora@cps.ucm.es](mailto:jzamora@cps.ucm.es)  
<https://orcid.org/0000-0003-0139-9714>

<sup>2</sup> Para la recepción de la obra de Ortega en Hispanoamérica, puede verse (Medin, 1994). Este mismo autor también ha estudiado la recepción en España (Medin, 2014). Medin diferencia entre una «recepción general o integral» de los estudiosos de su obra, una «recepción parcial» de los que se han interesado por alguna obra o aspecto del pensamiento orteguiano, y una «recepción difusa, sin que se tenga necesariamente conciencia de sus orígenes (orteguianos en nuestro caso) o por haberse convertido en parte integral de la cultura, olvidándose la fuente original» (Medin, 2014: 14). Del mismo autor también puede consultarse (Medin, 2005). Este artículo se enmarca dentro del Proyecto de investigación: *Redes intelectuales y políticas: la tradición liberal en torno a José Ortega y Gasset* (FFI2016-76891-C2-2-P), financiado por la Agencia Estatal de Investigación (AEI) del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades y el Fondo Europeo de Desarrollo Regional (FEDER) de la Unión Europea.

del siglo XX durante un periodo álgido de la vida cultural española conocido como la Edad de Plata. El forzado y lamentable exilio de varios de los discípulos de Ortega y de él mismo, a partir de la Guerra Civil española (1936-1939), hizo que muchos integrantes de dicha escuela se dispersasen por el mundo, principalmente por Hispanoamérica, lo que contribuyó positivamente a que las ideas del maestro se difundiesen aún más en aquellas tierras, a las que ya habían llegado a través de la prensa —Ortega publicó regularmente en el diario argentino *La Nación* desde 1923 hasta 1937—, de sus libros y de la distribución allí de la *Revista de Occidente*, fundada en 1923 y editada por Ortega hasta el comienzo de la Guerra Civil en julio de 1936. La continuidad difusa de dicha escuela filosófica se puede apreciar aún hoy. Los estudios sobre Ortega y la influencia de sus ideas en distintos ámbitos de investigación como la filosofía, la estética, la literatura, la comunicación, el pensamiento político o la historia son muy relevantes y significativos, y no sólo en países de lengua española.

No es objetivo de este artículo rebatir la oportunidad o no del uso del concepto «Escuela de Madrid» ni discutir la existencia misma de la Escuela, que damos por supuesta, ni quiénes son sus integrantes, contenidos y desarrollos, ni si sólo hay que considerar como miembros de ella a los que impartieron clases o se formaron en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid o ampliar el núcleo a otros espacios universitarios de España y América, aunque haremos mención a muchos de los discípulos directos de Ortega<sup>3</sup>. En 2003, la *Revista de Estudios Orteguianos* creó una sección titulada «La Escuela de Ortega» —denominada así para mostrar que el magisterio de Ortega se extendió más allá de la Facultad madrileña— en la que se publican textos de sus discípulos directos e indirectos, precedidos de una pequeña introducción que explica la relación que mantuvieron con el maestro<sup>4</sup>. Este ensayo sólo pretende mostrar cómo la obra de Ortega fue recibida por sus compañeros y colaboradores más directos y por sus discípulos, y qué impacto les causó el encuentro con la figura del maestro. Si bien es algo conocido, casi siempre se ha estudiado de forma parcial centrándose en el estudio de alguna o algunas de estas personas. Aquí se pretende dar una panorámica más general, al tiempo que sintética, del impacto que la aparición de la figura de Ortega supuso en la filosofía española.

Entre los seguidores más conocidos del pensamiento de Ortega, podemos citar, por un lado, a Manuel García Morente y Fernando Vela que, aunque eran de su misma generación, acudieron a sus clases como oyentes y se consideraron sus discípulos y, por otro, a los que fueron sus alumnos directos y, en muchos casos, escribieron sus tesis doctorales bajo su dirección o inspiración, entre

ellos cabe mencionar a María de Maeztu, Xavier Zubiri, José Gaos, María Zambrano, Luis Recasens Siches, Julián Marías, Dolores Franco, Manuel Granell, Antonio Rodríguez Huéscar, José Antonio Maravall, Luis Díez del Corral, Paulino Garagorri, Francisco Ayala, Rosa Chacel, Manuel Mindán y Francisco Álvarez González, entre otros.

Manuel García Morente fue uno de sus más estrechos colaboradores tanto en la Universidad de Madrid como en la *Revista de Occidente*. En la conmemoración del vigésimo quinto aniversario de la consecución de la cátedra de Metafísica por Ortega, Morente escribió las siguientes palabras:

la obra de Ortega y Gasset significa nada menos que la incorporación del pensamiento español a la universalidad de la cultura. (...)

La enseñanza filosófica que don José Ortega ha dado durante veinticinco años en la Universidad de Madrid ha creado en realidad la base del pensamiento filosófico español. Esto lo saben muy bien las personas a quienes la filosofía importa algo, aquí y fuera de aquí. Hoy, la actuación universitaria de don José Ortega, complementada por la de otros profesores que como amigos o discípulos han recibido la influencia directa de su pensamiento, ha hecho de la Universidad de Madrid uno de los lugares en donde se cultiva la filosofía con más intensidad, escrupulosidad y amplitud (García Morente, 1996: t. I, vol. II, 536-541).

Morente, como decano de la Facultad de Filosofía, llevó muchas ideas pedagógicas que había desarrollado él mismo, en diálogo con Ortega, al nuevo plan de estudios de dicha Facultad en los años de la Segunda República. El conocido como «Plan Morente» fue muy innovador porque cambiaba el concepto tradicional de carrera universitaria y daba a los alumnos mucha libertad para seleccionar los cursos que querían realizar y los profesores con los que querían preparar sus trabajos. El objetivo era no sólo que los estudiantes consiguieran un título que les habilitase profesionalmente y les permitiese adquirir unos conocimientos transmitidos con la máxima calidad académica sino hacer de ellos personas cultas y entusiasmarlos en la labor científica, en el amor al saber<sup>5</sup>.

Ortega, exiliado en Francia durante los años de la Guerra Civil, se refiere con mucha nostalgia a esta Facultad de Filosofía, de la que había sido destituido por el Gobierno republicano, como «una verdadera maravilla (...), algo hoy sin par en todo el mundo». Se lo dice a su amiga argentina Victoria Ocampo en una carta del 23 de marzo 1937 desde París (Ortega y Gasset, 1974: 160).

Fernando Vela es la persona con la que Ortega alcanzó mayor grado de intimidad en la amistad. Fue su hombre de confianza en *Revista de Occidente* y un fiel consejero en otros muchos ámbitos de la vida, al que el filósofo consultó siempre para orientarse, como cuando dudaba de las circunstancias que encontraría en España después del exilio si decidía regresar. Aunque Vela no

<sup>3</sup> Para el estudio de la Escuela de Madrid, pueden consultarse las siguientes obras: (Parente, 2016), (Fourmont Giustiniani, 2014), (García-Gómez, 2009), (Orden, 2008), (Padilla, 2007), (Abellán y Mallo, 1991) y (Marías, 1959).

<sup>4</sup> Han aparecido hasta la fecha textos de Antonio Rodríguez Huéscar, María Zambrano, Fernando Vela, Julián Marías, Paulino Garagorri, José Gaos, Manuel García Morente, Manuel Mindán, Jaime Benítez, Luis Recasens Siches, Leopoldo Zea, Francisco Álvarez González, Julio Caro Baroja, Luis Abad, Lorenzo Luzuriaga, Rosa Chacel, José Ferrater Mora, Valentín de Pedro y Francisco Miró Quesada.

<sup>5</sup> Sobre el Plan Morente y la Facultad de Filosofía y Letras de aquellos años pueden verse: (Niño, 2013: 67-106) y (Pérez Villanueva, 2008: 192-209).

estudió la carrera de Filosofía, porque llegó a Madrid desde su Asturias natal en 1920 ya licenciado en Derecho y con plaza de funcionario en la administración pública de Aduanas, sí asistió a muchas de las clases del que desde el primer momento consideró su maestro. En la «Evocación» que Vela preparó para leerla durante un encuentro en el que iban a recordar a Ortega, tras su muerte, por medio de su voz, grabada mientras impartía una de sus lecciones en el Instituto de Humanidades, recuerda que la primera noticia que tuvo de él fue cuando vio su nombre en «Los Lunes» de *El Imparcial* en 1904, con un artículo titulado «El poeta del misterio». Se sintió atraído por «la claridad, el temblor, el nuevo modo de decir y pensar» que le «sedujo» y juró «no perder uno solo de los artículos de aquel autor (...). Desde entonces, primero de lejos, después cada vez más próximo —añade Vela—, acompañé el pensamiento de Ortega y la persona de Ortega en todo su desarrollo». Al filósofo también le cautivó Vela cuando se conocieron finalmente en el verano de 1914: «Tiene usted en la mirada comienzos de incendio espiritual, que bien valía la pena atizar. No nos separemos del todo», le escribe en una carta de comienzos de septiembre de 1914<sup>6</sup>. Fernando Vela, por su parte, en la citada «Evocación», se expresa sobre el maestro con las siguientes palabras:

Estar al lado de Ortega era estar siempre en vilo, cada día ante una revelación y en un deslumbramiento. Nosotros vimos la formación de ese magno edificio filosófico que la mayoría de ustedes ha visto ya configurado, no digo terminado, porque el edificio de una filosofía cuando se filosofa como Ortega no puede acabarse. Él era el filosofar mismo en persona, el filosofar continuo, que no se agota, ni se repite, ni se anquilosa, porque fluía sin cesar de una fuente perennemente juvenil. Joven ha sido hasta sus postrimerías y jóvenes sus ideas a las que veía en el aire como a novias transparentes. Sin duda a esto se debe —concluye Vela la idea— que se haya dicho y se siga diciendo por algunos como un sonsonete que era más escritor que filósofo. ¡Cómo si su manera de expresión fuera una simple vestidura sobrepuesta a su pensamiento y no tan consustancial con este como nuestra epidermis lo es de nuestra carne! (Vela, 2005: 283-291).

Con el mismo motivo de la celebración de los veinticinco años de la cátedra de Ortega, uno de los primeros alumnos en defender su tesis doctoral teniéndolo como director, Xavier Zubiri, recordaba unas palabras del maestro cuando lo conoció:

Vamos a contemplar, señores, una lucha gigantesca entre dos titanes del pensamiento humano: entre Kant, el hombre moderno, y Aristóteles, el hombre antiguo. (...)

Desde entonces —añade Zubiri—, la vida intelectual de Ortega no ha sido sino el decurso, dentro de su mente, de esta gigantomaquia que imperceptiblemente se iniciaba en Europa.

Y subraya:

España debe a Ortega, en primer término, la incorporación viviente de lo más noble y exquisitamente intelectual que se ha producido durante este tiempo fuera de la Península.

Zubiri reconocía en su maestro al “gran propulsor de la filosofía en España”. Además de haber importado las más actuales filosofías de Occidente, Ortega había, en palabras del filósofo vasco, «creado en España un ámbito propio para la filosofía y un ambiente donde poder filosofar con libertad», alejado de las filosofías de secta y de partido que habían predominado en el siglo XIX español. «En este sentido —añade—, la actuación de Ortega ha sido liberadora. No fue filosofía ni de izquierdas ni de derechas. Fue filosofía *simpliciter*», porque, concluye, Ortega «profesa formalmente la idea de que la filosofía es un sistema abierto y no cerrado» (Zubiri, 1990: 25-28).

El filósofo fue reconocido muy pronto con el calificativo de «maestro» por intelectuales de su misma generación como los citados Morente y Vela o su condiscípulo Fernando de los Ríos, e incluso por los de la generación anterior como el poeta y profesor Antonio Machado, quien en una carta del 9 de julio de 1912 le dijo:

(...) tiene la misión de enseñar a los que nos sucedan en sólidas y altas disciplinas. No dude usted de su influencia sobre los que vienen ni tampoco de la retrospectiva sobre los que quedamos algo atrás. Sea usted, como es, maestro antes que todo en el más noble sentido de esta noble palabra (Machado, 1976: 31).

El filósofo madrileño no creía ejercer esa influencia de la que habla Machado y pensó que este le llamaba maestro con ironía, pero el poeta insistió en que lo era y le aconsejó por medio de otra misiva que, cuando todo el mundo se lo llamase, empezara a dudar, pero no ahora. La imagen de maestro que Machado tenía en la cabeza era la de esos «santos varones» de la Institución Libre de Enseñanza —como los llamó en esta carta—, fundada y dirigida por Francisco Giner de los Ríos, con los que Machado había estudiado en Madrid<sup>7</sup>. Años después, el ya conocido poeta decidió hacer el doctorado tardíamente y fue alumno de Ortega.

Entre los condiscípulos, es Fernando de los Ríos uno de los que de forma más explícita y temprana reconoce a Ortega como maestro. Habían estudiado juntos la educación primaria en el colegio de José del Río y Labandera, en Córdoba. Compartieron inquietudes políticas e intelectuales en su juventud en torno a la Liga de Educación Política Española. En sus viajes a América en los años 20 del pasado siglo, Fernando de los Ríos impartió varias conferencias sobre la filosofía de Ortega cuando esta estaba aún en estado embrionario. En una conferencia pronunciada en la Universidad de Denver, Estados Unidos, en octubre de 1926, titulada «El neo-romanticismo perspectivista de José Ortega Gasset», afirmó que el filósofo era «quien lleva[ba] el timón ideológico» de su generación (Ríos, 1997: III, 252). En otra de 1928, en el anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria de Mé-

<sup>6</sup> Citada por (López Cobo, 2013: 29). Agradezco a la autora que me haya dejado consultar en primicia el epistolario que prepara entre José Ortega y Gasset y Fernando Vela, que espero pronto vea la luz.

<sup>7</sup> Carta de Antonio Machado a José Ortega y Gasset del 20 de julio 1912 (Archivo Ortega, Fundación Ortega-Marañón; en adelante se citará como AO).

xico, sobre «Ortega Gasset y su nueva integración de romanticismo e idealismo en la visión de la cultura», dijo que Ortega fue el primero que había destacado como cabeza de su generación (Ríos, 1997: III, 318-319). Para De los Ríos, Ortega era uno de «los doce pares de Europa», título que le había otorgado el hispanista alemán Ernst Robert Curtius en la *Europäische Revue* en 1926<sup>8</sup>. Unos años antes, en uno de los momentos álgidos de su amistad, cuando Fernando de los Ríos obtuvo la cátedra de Derecho Político en la Universidad de Granada en 1911, le dedicó a su amigo la memoria que había presentado a las oposiciones, la cual se publicó en *La Lectura* con la dedicatoria: «A mi entrañable amigo y maestro, José Ortega y Gasset». Luego la política fue poco a poco distanciándolos.

El temprano comentario de Curtius sobre Ortega no es un hecho aislado en el ambiente intelectual europeo de entreguerras. Él, por su conocimiento de la lengua y de la cultura españolas, estuvo muy pronto al tanto de la obra orteguiana, como Waldo Frank en Estados Unidos. Otros muchos intelectuales se pronunciaron en términos elogiosos cuando esta empezó a ser conocida en otras lenguas: T. S. Eliot, Thomas Mann, Hermann Hesse, Ernst Cassirer, Nicolai Hartmann, Hans-Georg Gadamer, entre otros. Es sabido que Albert Camus leyó los ensayos de Ortega con entusiasmo y afirmó que, después de Nietzsche, era el mayor escritor europeo<sup>9</sup>.

La prensa también empezó muy pronto a presentar a Ortega como el maestro de la nueva generación. Desde 1904 publicaba con cierta regularidad en el diario de su familia, *El Imparcial*, que dirigía por aquel entonces su padre y era el más importante en la órbita del liberalismo que apoyaba la Monarquía de Alfonso XIII. También publicó en algunas revistas como *Vida Nueva*, *La Lectura*, *Faro* y *Europa*, estas dos últimas nacidas por su propio impulso en 1908 y 1910, respectivamente. Mantuvo algunas sonadas polémicas periodísticas sobre temas culturales y políticos con intelectuales consagrados de las generaciones anteriores como Marcelino Menéndez Pelayo, Joaquín Costa, Miguel de Unamuno, *Azorín* o Ramiro de Maeztu, o de su propia generación como Gabriel Maura y Gamazo, hijo de uno de los líderes del Partido Conservador, Antonio Maura, en aquel momento presidente del Gobierno.

Sus dos viajes de estudio a Alemania entre 1905 y 1907, al que se añadiría otro en 1911, le sirvieron a Ortega para convertirse en la referencia del pensamiento germano en España. La consecución de la cátedra de Metafísica de la Universidad Central, de Madrid, en 1910, en la que sustituía al filósofo y político krausista Nicolás Salmerón, que había sido presidente de la Primera República, le hizo ganar un capital simbólico de gran valía en el mundo intelectual español. Cuando en 1914, con su conferencia «Vieja y nueva política» se presentó como cabeza visible de la Liga de Educación Política Española, fundada por algunos jóvenes reformista unos meses

antes, en el otoño de 1913, y publicó su primer libro, *Meditaciones del Quijote*, en el verano de 1914, Ortega dio el paso definitivo para que todos le vieran como el maestro más destacado de la nueva generación que ya confrontaba desde hacía años públicamente con la Generación del 98 que encabezaba Miguel de Unamuno.

El historiador Tzvi Medin, que ha estudiado detenidamente y con rigor la recepción de la obra de Ortega en España e Hispanoamérica, afirma que la misma se produjo antes de la Guerra Civil «en medio de una admiración rayante en la veneración por parte del núcleo de sus alumnos de Filosofía y de amplios círculos intelectuales, y asimismo en gran parte de los círculos culturales y sociales, y por momentos también ideológico-políticos» (Medin, 2014: 25).

El prestigio de Ortega se expandió a Iberoamérica a partir de 1916, cuando viajó por primera vez a Argentina para impartir un curso sobre «Los problemas actuales de la filosofía» y un seminario sobre Kant en la Universidad de Buenos Aires. Álvaro Melián Lafinur lo presentó, en el homenaje que preparó la revista porteña *Nosotros* en agosto de aquel año, como un «filósofo ciudadano» de mucho más valor que toda una universidad junta, un joven maestro iniciador de una nueva forma de pensar. Ortega había publicado entre 1911 y 1914 algunos artículos en el diario *La Prensa*, de Buenos Aires, pero será a partir de este primer viaje cuando su fama se extienda por el Nuevo Continente. A lo que contribuirá después, como queda dicho, que entre 1923 y 1937 publicase regularmente en *La Nación* de Buenos Aires, y luego puntualmente en 1940 y 1952. El filósofo volvió a la ciudad porteña en 1928, aprovechó para visitar Chile y nuevamente Uruguay, y en 1939, ya como exiliado, hasta principios de 1942 que regresó a Europa, instalándose en Portugal. Aunque a lo largo de su vida recibió numerosas invitaciones de instituciones de los más diversos países americanos, desde Cuba a Brasil, desde Venezuela a México, sólo acudió a Estados Unidos en 1949, pero la presencia de su pensamiento en toda América fue, y sigue siendo, muy intensa.

Refiriéndose a aquel primer viaje de 1916, Valentín de Pedro, que lo conoció en Buenos Aires y tuvo luego ocasión de tratarlo en Madrid cuando el escritor argentino se trasladó a vivir a España, recordaba en 1922:

El nombre de Ortega y Gasset es pronunciado con admiración y respeto por cuantos lo escucharon; no fue su palabra como el cohete que hace ruido y se ilumina un momento llamando la atención para luego reducirse a un poco de ceniza, nada; fue el agua cristalina y pura, que cantando su canción penetra la tierra, la cual le agradece su riego en la sonrisa de sus flores; el agua que apetece beber cuantos buscamos en las relaciones hispanoamericanas un espíritu de comprensión y cordialidad, de espaldas al efímero cohete de lo banal (Pedro, 2019: 241).

## 2. El maestro a ojos de sus discípulos

Además de a la profundidad de su filosofía, la magnitud y difusión que ha tenido el pensamiento de Ortega se debe en buena parte a la importancia que él mismo daba

<sup>8</sup> La afirmación de Curtius que cita De los Ríos se encuentra en (Curtius, 1926: 22-26). Curtius también se refirió a Ortega en términos muy elogiosos en (Curtius, 1927: 1229-1247).

<sup>9</sup> Sobre la lectura que Albert Camus hizo de Ortega y Gasset puede verse (Firoud, 2014: 71-89).

a la pedagogía y al cuidado que tuvo en el trato y convivencia con sus discípulos. Escuchemos algunos testimonios de los mismos sobre su magisterio y la impresión que les produjo conocer al maestro. Veremos, entonces, que ellos vieron encarnados en él los principios de la pedagogía que el propio Ortega predicaba.

Una de sus primeras alumnas en la Escuela Superior del Magisterio, y luego en la Universidad, fue María de Maeztu, quien, aun muchos años después de conocerlo, recordaba vivamente con qué «extraña emoción» escuchaban aquellos jóvenes aspirantes a maestros la palabra «clara, precisa, elegante» de Ortega, intentando tomar notas, pero quedando absortos, «detenida la pluma en el papel, ante la maravilla de aquella exposición filosófica vestida con una gran riqueza de imágenes y metáforas», en la que más que una explicación magistral de filosofía se vivía la «peripección dramática» del filósofo (Maeztu, 1943: 86). Un testimonio directo de aquellos años nos muestra que el recuerdo era cierto. En la carta que envía María de Maeztu a Ortega desde Roma el 20 de septiembre de 1910, con un tono que muestra la estrecha amistad que les unía, escribe:

Es usted un mal amigo porque en todo el verano no me ha dedicado ni dos líneas. Yo debería enfadarme, pero me acuerdo de aquellas lecciones de filosofía que no volverán a repetirse nunca mejores para mí ni en Alemania ni en el Congo, y el agradecimiento y la admiración al maestro me desarmar<sup>10</sup>.

Dolores Franco, que fue una de sus últimas alumnas en las clases de la Facultad de Filosofía antes de la Guerra Civil, nos ha dejado un recuerdo parecido en una carta del 10 de abril de 1953 dirigida a Ortega, en la que rememora su primera clase en el aula número 22 del Pabellón Valdecilla, a la que el filósofo entró con su traje azul marino y su pañuelo blanco en el bolsillo, arrastró el sillón hasta el borde del estrado, delante de la mesa, y habló de Descartes. «Y a los dos minutos –recuerda la alumna– supe que me había pasado algo definitivo»<sup>11</sup>.

En aquellas clases conoció al que sería su marido, Julián Marías, quien fue en la última década de vida de Ortega uno de los discípulos más próximos al maestro. Cuenta Marías que cuando conoció a Ortega en los años 30 durante el curso «Principios de metafísica según la razón vital» sintió algo especial:

Cuando entró en el aula miré por primera vez su rostro: grave y a la vez amistoso, surcado de arrugas profundas, con algo de labrador y de emperador romano al mismo tiempo. Los ojos claros, penetrantes, pero sin dureza; no atravesaban como el acero, sino como la luz. De cuando en cuando se le encendía la faz con una sonrisa alegre y caliente, con un relámpago de gracia española. Empezó a hablar. Acaso su voz era lo primero que decía quién era Ortega; estaba todo en ella. Grave, a veces ronca; notas bajas, dramáticas, al final de las frases; llena de matices expresivos. Las palabras parecían rodar entre los dientes, salir de entre sus labios, destinadas precisamente a cada

uno de nosotros. Las palabras eran en su boca más palabras que en otra alguna (Marías, 1991: 100).

Son muchos los discípulos de Ortega que han hablado de lo difícil que les resulta distinguir lo que era creación original de su vida intelectual y lo que debían al maestro porque, como señala, José Antonio Maravall: «Tendría que destejer mi vida para poder sacar entera la hebra orteguiana que la urde». Esperaban sus «palabras» como «necesarias» porque en ellas estaba «complicado el propio existir; se existiría o no, de un modo o de otro –añade Maravall–, según se dispusiera o no de la obra de Ortega» (Maravall, 1956: 65-78). Luis Recasens Siches escribe en un sentido similar al de Maravall que, respecto a muchos puntos de su pensamiento, «me sería muy difícil, prácticamente imposible, delimitar con exactitud dónde acaba el pensamiento de Ortega y dónde empieza el mío, lo cual se explica por los muchos años de convivencia espiritual con aquel» (Recasens, 1965: 152, n. 29).

Antonio Rodríguez Huéscar, uno de los discípulos más cercanos a Ortega, afirma que estaba en «la convicción de que Ortega representaba la verdad de nuestra hora y de que en él estaba la clave de nuestro destino» (Rodríguez Huéscar, 1994: 51). En otro texto, dice que una de las «mayores enseñanzas» que había recibido de él era «la de la esencia ética de la verdad». Huéscar describe cuando lo conoció en el aula del pabellón Valdecilla, en el viejo caserón de San Bernardo, al comienzo del curso 1931-1932. Se ofreció para leer un texto de Heimsoeth en la primera clase, y aquel gesto le sirvió para ser nombrado lector «oficial» durante todo el curso, labor que repitió en otros. Al salir de clase, Ortega le pidió «lumbre» para encender un cigarro y se interesó por su vida y por sus inquietudes intelectuales. «Desde que comencé a oír la palabra de Ortega –añade Huéscar– me di cuenta de que me hallaba en presencia de algo definitivamente importante, a saber: de la filosofía misma, *en vivo*, y en una de sus versiones históricas plenarias» (Rodríguez Huéscar, 1964: 12, 21-22).

Otro de sus discípulos, Manuel Granell, en su libro *Ortega y su filosofía*, ha mostrado asimismo esa cercanía con la que el maestro trataba a los alumnos y cómo le gustaba charlar con ellos. Sus clases eran esencialmente un diálogo con los mismos, sobre todo las de seminario. También nos cuenta el interés con que los alumnos se apuntaban a las excursiones sólo por estar con Ortega de un modo más cercano, como en una que realizaron en 1933 al Escorial. Para Granell, el maestro se atraía a los alumnos con una triple técnica: los seducía con su palabra, los inquietaba con sus preguntas, y los asombraba con la profundidad de sus razonamientos (Granell, 1980: 14-23).

En términos muy parecidos a sus compañeros se expresó José Gaos en sus *Confesiones profesionales*, que dice no llamar *Confesiones filosóficas* porque no está seguro de tener una filosofía sino de seguir la de su maestro Ortega:

Durante años he vivido en convivencia frecuentemente diaria con él. He sido oyente de palabras o el interlocutor de conversaciones en que se precisaban sus propias ideas en gestación, he leído originales inéditos. Así, ya no sé si

<sup>10</sup> AO. Agradezco la consulta de este epistolario transcrito y editado, aunque aún inédito, por Iván Caja y María Luisa Maillard, que refresco la lectura que en su día hice del microfilm.

<sup>11</sup> AO.

tal idea que pienso, si tal ejemplo o expresión de que me sirvo, lo he recibido de él, se me ocurrió al oírle o leerle a él, o se me ocurrió aparte o después de la convivencia con él. Alguna vez ha sucedido comprobar que tal idea o expresión que consideraba como mía, me la había apropiado de él, asimilándomela hasta el punto de olvidar su origen (Gaos, 1958: 74-75)<sup>12</sup>.

Efectivamente, José Gaos fue, entre los discípulos, el más próximo a Ortega a finales de los años 20 y durante la Segunda República. No sólo convivían en la Universidad, sino que Gaos colaboraba activamente con traducciones para *Revista de Occidente*, era uno de los asiduos a la tertulia en los locales de la editorial y, como acabamos de ver, su interlocutor en los largos paseos por las afueras de Madrid. Era frecuente que Ortega pasase a buscarlo con su coche, conducido por su mecánico, Lesmes, y se fueran a pasear un rato por la Sierra del Guadarrama, por el Monte del Pardo o por los descampados de Vicálvaro. En *Pensamiento de lengua española*, Gaos, refiriéndose a la tertulia, escribió:

Ortega necesitaba vitalmente de la tertulia —y en coincidencia comprensible, tenía frecuentemente en ella de los mejores momentos de su vida intelectual; qué cosas no le oímos en ella, que renovaban siempre la admiración con admiración incluso por semejante renovación. (...) Porque las mejores clases de Ortega eran acaso aquellas en que el maestro se abría libremente a un pequeño número de discípulos entre los que sería difícil decidir si eran los recientes o los ya viejos los más fervorosos; aquellas, pues, de las cuales no había más que un paso a la tertulia, que Ortega necesitaba vitalmente hasta el punto de ser quizá lo único por lo cual insistía en requerir al prójimo (Gaos, 1945: 295-296).

Cuando Ortega dimitió su cátedra de Metafísica de la Universidad Central en 1929 por la represión de la dictadura de Primo de Rivera a los estudiantes, impartió varios cursos a sus discípulos en las oficinas de la *Revista de Occidente*, donde solía celebrar su tertulia desde 1923, en el número 7 de la entonces denominada avenida de Pi i Margall, aunque todo el mundo la conocía como hoy se conoce: la Gran Vía. A aquellas clases, en las que Ortega esbozó los fundamentos de su filosofía de la razón vital con gran precisión técnica y para iniciados en su filosofía, asistieron sólo un grupo de íntimos amigos y discípulos. Era el momento álgido del desarrollo del pensamiento orteguiano como habían mostrado los cursos públicos que había impartido en Buenos Aires en 1928 y en Madrid en 1929. En la capital argentina habló en dos cursos de *Meditación de nuestro tiempo: introducción al presente* y ¿Qué es la ciencia, qué la filosofía?, y en Madrid, retomando parte de éstos, sobre ¿Qué es filosofía?

La Guerra Civil enturbió la relación entre Ortega y Gaos. Este aceptó ser rector de la Universidad Central, mientras que Ortega tuvo que huir del Madrid republicano temeroso de la suerte que pudiera correr él y su familia. La Universidad lo destituyó como a otros profe-

sores que no se reincorporaron a sus clases en el otoño de 1936, aunque Ortega alegara que estaba enfermo fuera de España, lo cual era cierto. No se lo perdonó a Gaos y se mantuvieron distanciados desde entonces, aunque Gaos siempre expresó de forma pública y admirativa su discipulado, incluso en textos en que criticó con severidad algunas obras de la segunda navegación orteguiana.

En medio de aquella tremenda Guerra Civil, su discípula Rosa Chacel, que luego se convirtió en una gran literata, reivindicó al maestro en *Hora de España*: «los que intentamos seguirle, le seguimos hasta cuando creemos estar improvisando, y los que lo combaten, le siguen hasta cuando creen estar combatiéndole» (Chacel, 1937: 47-50).

El sacerdote Manuel Mindán Manero nos ha dejado también una descripción de las clases de Ortega durante sus últimos años de docencia en la Facultad de Madrid antes del comienzo de la guerra:

eran pues de dos tipos: en unas, las generales, nos daba su pensamiento ya elaborado en forma de conferencia, tan elaborado que muchas veces podía pasar a su publicación impresa. Eso sí, nunca faltaba el comentario ni rehuía las preguntas de los alumnos o asistentes. En el otro tipo de clases, las dadas a alumnos más preparados, asistíamos al mismo surgir de su propio pensamiento, éramos testigos de cómo brotaban en él las ideas con el menor pretexto. Si en las primeras nos enterábamos del contenido sistemático de su pensamiento, en las segundas aprendíamos a pensar con él (Mindán, 1995: 274-275)<sup>13</sup>.

María Zambrano que, después de ser su alumna desde 1925, fue la ayudante de Ortega en su cátedra durante los años de la Segunda República, ha dejado multitud de testimonios sobre su relación con el maestro, estrecha hasta el comienzo de la Guerra Civil, y rota a partir de entonces, aunque ambos siguieran dialogando por medio de sus escritos y de personas interpuestas. Dice Zambrano:

Pocas tareas tan difíciles como la de hablar del pensamiento de un maestro. El pensamiento de un maestro, aunque sea de filosofía, es un aspecto casi imposible de separar de su presencia viviente. Porque el maestro, antes que alguien que enseña algo, es un alguien ante el cual nos hemos sentido vivir en esa específica relación que no proviene tan sólo del valor intelectual. La acción del maestro trasciende el pensamiento y lo envuelve; sus silencios valen a veces tanto como sus palabras y lo que insinúa puede ser más eficaz que lo que expone a las claras. Si hemos sido en verdad sus discípulos, quiere decir que ha logrado de nosotros algo al parecer contradictorio; que, por habernos atraído hacia él, hayamos llegado a ser nosotros mismos (Zambrano, 1982: 93)<sup>14</sup>.

<sup>12</sup> Muchos de los textos de Gaos sobre Ortega pueden consultarse en (Gaos, 2013).

<sup>13</sup> También ha dejado testimonio del penúltimo curso que Ortega impartió, aunque lo llama «El último curso de Ortega en la Universidad de Madrid: Principios de Metafísica según la razón vital», en (Mindán, 1957: 141-194, reproducido en Mindán, 2009: 193-204).

<sup>14</sup> Zambrano pone una nota a pie de página: «Primera lección del Curso “Ortega y Gasset y la Filosofía actual” dado hace años en la Universidad de la Habana». Ricardo Tejada ha recopilado varios de los *Escritos sobre Ortega* de María Zambrano (Zambrano, 2011b). También están recopilados en diversos tomos de sus *Obras completas*, cuya edición inició Galaxia Gutenberg en 2011 bajo la dirección de Jesús Moreno Sanz (Zambrano, 2011-2019). Sobre la influencia del magisterio de Ortega sobre Zambrano, puede verse (Sancho García, 2020).

En este texto se ve muy clara esa invitación que Ortega hacía siempre a sus discípulos para que encontrasen y siguiesen su auténtica vocación. En una entrevista que Juan Carlos Marsé hizo a María Zambrano cuenta que en los años de la República muchas personas le pedían que se decidiera entre «la literatura, la filosofía o la política», pero que ella no podía decidirse, y «en medio de esta indecisión, Ortega fue mi salvación», no por su palabra, no por lo que le dijera, sino por

su actitud: sin Ortega –afirma Zambrano–, aquel momento de España no se hubiera dado. Él tenía la generosidad de escuchar y al mismo tiempo el horror a las tertulias de los cafés, donde tanta cosa maravillosa se decía. Esto le daba no sólo una apariencia, sino una calidad. No era como Valle Inclán, que se sentaba todas las tardes en el café de la Granja, y allí hablaba, y hablaba, maravillosamente. Cualquiera podía contestarle, pero ¡ay! del que le contradijese. No era como Unamuno, que cuando venía a Madrid iba al Ateneo para hablar, y al día siguiente se encontraba en el periódico, sin el cual no podía vivir (...). Ortega, en cambio, escuchaba, sabía entender y orientar las vacilaciones.

Y luego Zambrano habla del «discipulaje» suyo con Ortega y de la «revelación» que sintió en el «logos del Manzanares» que Ortega transmitía, utilizando una frase de *Meditaciones del Quijote* que refiere al río que atraviesa Madrid. Ella finalmente decidió no depender de la literatura, aunque su generación era literaria, pero eso no significaba prescindir de la belleza en la forma de expresión. Le interesaba todo, aunque «amaba (...) la unidad». El maestro le dijo en una ocasión que su «acción era tan múltiple que no se veía». Ella era consciente de que «no podía renunciar a nada» (Zambrano, 1989: 70-71, cit. en Moreno Sanz, 1996: 19-20).

Unos meses después de la muerte de Ortega el 18 de octubre de 1955, con el que no había vuelto a tener relación, ni siquiera epistolar, después de la salida de España de Ortega en 1936, María Zambrano se expresaba de esta manera en una carta del 1 de abril de 1956 a Rosa Chacel:

No estoy para hablarte de la muerte de Ortega. No puedo. Tengo una ramita de laurel que un muchacho cubano que fue a su entierro con su madre en mi nombre arrancó (...). Tengo el número de *ABC* con su mascarilla en la portada, otros periódicos, la esquila que le hicieron los estudiantes convocados al homenaje sobre su tumba días después (...). Me han escrito dándome el pésame de todas partes, antiguos maestros míos, discípulos, amigos, conocidos, le han dicho Misas a mi intención sin que yo lo pida y en la misma España; me han pedido artículos de mil revistas, entre otras de *Ínsula* y *Sur*... todo lo tengo menos una palabra suya, una sola. Dice Mario [Parajón] que estaba muy hermoso, con mucha paz, las manos cruzadas, vestido de negro con una corbata preciosa y el nudo muy hecho y una sonrisa iniciada en los labios. Que era la imagen del sabio.

Y su muerte me ha hecho ver que le amaba aún más de lo que creía, que le amaré siempre. Estoy hace muchos años

alejándome de ciertos aspectos de su pensamiento, de la Razón Histórica concretamente. Mi punto de partida es la Vital, pero la he desenvuelto a mi modo. Eso no importa. Seré su discípula siempre (Zambrano, 1992: 53).

Son palabras que muestran la intensidad de una relación intelectual que ni siquiera habían enfriado el silencio y la distancia.

Uno de los discípulos menos conocidos de Ortega, a pesar de la inmensa labor que hizo de difusión de su pensamiento en Ecuador, Chile y Costa Rica, el abogado y filósofo Francisco Álvarez González ha resaltado también cómo Ortega les incitaba a cumplir su vocación, a ser fieles a sí mismos, e incentivaba en ellos la vital curiosidad, que en el maestro era omnívota. Nos dice Álvarez González (no confundir con González Álvarez que ocupó la cátedra de Ortega tras la Guerra Civil) que cuando «galoparon los jinetes del Apocalipsis, y se abrieron de par en par las espaldas del odio terminó en realidad la labor fecunda de Ortega», que había sido tan grande entre los años 20 y 36, que «fueron los de mayor influjo y autoridad y prestigio de Ortega (...), aquellos en que logró un discipulado más fecundo». El discípulo, autoexiliado en América desde 1951, confiaba en que las «generaciones que vengan detrás lo verán con mayor justeza e imparcialidad que nosotros que hemos sido testigos y actores de estos tiempos» (Álvarez González, 2013: 223-224).

Tras la Guerra Civil, Ortega no pudo ejercer su cátedra. La dictadura franquista se lo impidió aunque desde 1945 volvió a pasar algunas temporadas en España hasta su muerte en 1955. Es muy significativo el homenaje póstumo que le rindieron algunos estudiantes al visitar su tumba pocos días después de su entierro en la Sacramental de San Isidro. En el manifiesto que prepararon para leerlo decían que era «el homenaje de los que pudimos haber sido discípulos suyos, de los que no lo somos y estamos sufriendo el vacío que él dejó al abandonar, por causas conocidas, su cátedra de Metafísica». Y añadían: «Somos discípulos sin maestro. Entre Ortega y nosotros hay un espacio vacío o mal ocupado». Y protestaban porque «las magníficas enseñanzas de Ortega, sus libros», no les habían llegado «a través de las cátedras», sino que habían tenido que buscarlos por su cuenta. Rotundos, afirmaban: «Él hubiera sido el maestro que necesitamos. (...) Aún podemos, de algún modo, ser discípulos suyos. Aún podemos ser una juventud con maestro. José Ortega ha muerto, pero quedan sus libros» (cit. en Abellán y Mallo, 1991: 160-161). Éstos son los que siguen hablando. Podríamos reproducir otros muchos testimonios de los que fueron sus discípulos directos o de los que después han seguido su filosofía, pero los citados son suficientes para comprender la enorme influencia del magisterio de Ortega y el impacto que su persona y su pensamiento causaron en los que los conocieron.

### 3. Bibliografía

- Abellán, José Luis y Mallo, Tomás (1991). *La Escuela de Madrid: Un ensayo de filosofía*. Madrid: Asamblea de Madrid.
- Álvarez González, Francisco (2013). “Ortega y Gasset y la moral de la fidelidad”. *Revista de Estudios Orteguianos*, 27, pp. 223-229. Originalmente en Álvarez González, Francisco (1955). *Anales*, Universidad de Cuenca (Ecuador), XI, 3-4.
- Chacel, Rosa (1937). “La nueva vida de «el viviente»”. (Sobre las *Obras completas* de José Ortega y Gasset). *Hora de España*, 4, 47-50.
- Curtius, Ernst Robert (1927). “Spanische Perspektiven”, *Die Neue Rundschau*, 35, pp. 1229-1247.
- Curtius, Ernst Robert (1926). “José Ortega y Gasset”. Nota introductoria a un artículo de Ortega y Gasset titulado «Neue Symptome in unsurer Zeit». *Europäische Revue*, abril, pp. 22-26.
- Firoud, Marc (2014). “Albert Camus, lector de José Ortega y Gasset. A propósito de *L’avenir de la Civilisation Européenne*”. *Scientia Helmantica. Revista Internacional de Filosofía*, 3, pp. 71-89.
- Fourmont Giustiniani, Eve (2014). “L’École de Madrid et son devenir après la Guerre Civile”. *Cahiers de civilisation espagnole contemporaine*, 12, 2014.  
<http://ccec.revues.org/5078>; DOI : 10.4000/ccec.5078
- García Morente, Manuel (1996). “Carta a un amigo. Su evolución filosófica”. En *Obras completas*. Barcelona: Anthropos, tomo I, vol. II, pp. 536-541. Originalmente en *El Sol*, 8 de marzo de 1936.
- García-Gómez, Jorge (2009). *Caminos de la reflexión: la teoría orteguiana de las ideas y las creencias en el contexto de la Escuela de Madrid*. Madrid: Biblioteca Nueva / Fundación José Ortega y Gasset.
- Gaos, José (2013). *Los pasos perdidos. Escritos sobre Ortega y Gasset*. Ed. de José Lasaga Medina. Madrid: Biblioteca Nueva / Fundación José Ortega y Gasset - Gregorio Marañón.
- Gaos, José (1958). *Confesiones profesionales*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Gaos, José (1945). *Pensamiento de lengua española*. Ciudad de México: Editorial Stylo.
- Granell, Manuel (1980). *Ortega y su filosofía*. Caracas: Equinocio.
- López Cobo, Azucena (2013). “Fernando Vela, la forja de un héroe”. En Arias Argüelles-Meses, Luis (coord.). *En torno a Fernando Vela*. Oviedo: Ediciones de la Universidad de Oviedo, pp. 27-50.
- Machado, Antonio (1976). “Tres cartas inéditas de Machado a Ortega”. Estudio preliminar de José Luis Cano. *Revista de Occidente*, 5/6.
- Maeztu, María de (1943). *Antología-Siglo XX. Prosistas españoles. Semblanzas y comentarios*. Buenos Aires: Espasa-Calpe Argentina.
- Maravall, José Antonio (1956). “Testimonio de Ortega”. *La Torre*, 15-16, pp. 65-78.
- Mariás, Julián (1991). *Acerca de Ortega*. Madrid: Espasa Calpe.
- Mariás, Julián (1959). *La Escuela de Madrid: Estudios de filosofía española*. Buenos Aires: Emece Editores.
- Medin, Tzvi (2014). *Entre la veneración y el olvido. La recepción de Ortega y Gasset en España. I (1908-1936)*. Madrid: Biblioteca Nueva / Fundación José Ortega y Gasset - Gregorio Marañón.
- Medin, Tzvi (2005). *El cristal y sus reflexiones: nueve intérpretes españoles de Ortega y Gasset*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Medin, Tzvi (1994). *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Mindán Manero, Manuel (1995). *Testigo de noventa años de historia. Conversaciones con un amigo en el último recodo del camino*. Zaragoza: Librería General.
- Mindán Manero, Manuel (1957). “El último curso de Ortega en la Universidad de Madrid: Principios de Metafísica según la razón vital”, *Revista de Filosofía*, año XLVI, 60-61, pp. 141-194. Reproducido en Mindán Manero, Manuel (2009). *Revista de Estudios Orteguianos*, 19, pp. 193-204.
- Moreno Sanz, Jesús (1996). “Estudio introductorio: La política desde su interés histórico-vital: historia trágica de la esperanza y sus utopías”. En Zambrano, María. *Horizonte del liberalismo*. Madrid: Ediciones Morata, pp. 9-192.
- Niño, Antonio (2013). “La reforma de la Facultad de Filosofía y Letras y sus referentes internacionales”. En González Calleja, Eduardo y Ribagorda, Álvaro (eds.). *La Universidad Central durante la Segunda República. Las ciencias humanas y sociales y la vida universitaria (1931-1939)*. Madrid: Editorial Dykinson, pp. 67-106.
- Orden, Rafael V. (2008). “La formación de una escuela de filosofía”. En López-Ríos Moreno, Santiago y González Cárceles, Juan Antonio (coords.). *La Facultad de Filosofía y Letras de Madrid en la Segunda República. Arquitectura y Universidad durante los años 30*, Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales / Ayuntamiento de Madrid / Ediciones de Arquitectura Fundación Arquitectura COAM, pp. 212-223.
- Ortega y Gasset, José (1974). *Epistolario*. Madrid: Revista de Occidente.
- Padilla, Juan (2007). *Ortega y Gasset en continuidad: sobre la Escuela de Madrid*. Madrid: Biblioteca Nueva / Fundación José Ortega y Gasset.
- Parente, Lucia Maria Grazia (ed.) (2016). *La Scuola di Madrid: filosofia spagnola del XX secolo*. Milán: Mimesis.
- Pedro, Valentín de (2019). “José Ortega y Gasset”. *Revista de Estudios Orteguianos*, 39, pp. 239-241. Originalmente en Pedro, Valentín de (1922). *España renaciente*. Madrid: Calpe.
- Pérez Villanueva Tovar, Isabel (2008). “El plan de estudios de García Morente. Cultura y Humanidades”. En López-Ríos Moreno, Santiago y González Cárceles, Juan Antonio (coords.). *La Facultad de Filosofía y Letras de Madrid en la Segunda República. Arquitectura y Universidad durante los años 30*, Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales / Ayuntamiento de Madrid / Ediciones de Arquitectura Fundación Arquitectura COAM, pp. 192-209.
- Recasens Siches, Luis (1965). *Tratado general de Filosofía del Derecho*. Ciudad de México: Porrúa.
- Ríos, Fernando de los (1997). *Obras completas*. Ed. de Teresa Rodríguez de Lecea. 5 tomos. Barcelona: Anthropos / Fundación Caja de Madrid.
- Rodríguez Huéscar, Antonio (1994). *Semblanza de Ortega*. Barcelona: Anthropos.
- Rodríguez Huéscar, Antonio (1964). *Con Ortega y otros escritos*. Madrid: Taurus.
- Sancho García, Isabel (2020). *La joven María Zambrano y su incipiente metafísica femenina*. Granada: Comares.

- Vela, Fernando (2005). “Evocación de Ortega”. *Revista de Estudios Orteguianos*, 10-11, pp. 283-291. Originalmente en Vela, Fernando (1956), *Sur*, 241, pp. 3-12.
- Zambrano, María (2011-2019). *Obras completas*. 6 tomos. Madrid: Galaxia Gutenberg.
- Zambrano, María (2011b). *Escritos sobre Ortega de María Zambrano*. Ed. de Ricardo Tejada. Madrid: Trotta.
- Zambrano, María (1996). *Horizonte del liberalismo*. Ed. y estudio introductorio de Jesús Moreno Sanz. Madrid: Ediciones Morata (1.ª ed. de 1930).
- Zambrano, María (1992). *Cartas a Rosa Chacel*. Ed. de Ana Rodríguez-Fischer. Madrid: Cátedra.
- Zambrano, María (1989). “He estado siempre en el límite”. Entrevista a María Zambrano de Juan Carlos Marsé. *ABC*, 23 de abril, pp. 70-71.
- Zambrano, María (1982). “Ortega y Gasset, filósofo español”. En *España, sueño y verdad*, Barcelona: Edhasa.
- Zubiri, Xavier (1990). “Ortega, maestro de filosofía”. En VV. AA., *Ortega y su tiempo*. Madrid: Ministerio de Cultura / Fundación José Ortega y Gasset, pp. 25-28. Originalmente en *El Sol*, 8 de marzo de 1936.